



ARZOBISPADO DE VALENCIA
Vic. de Evangelización y Transmisión de la Fe
SECRETARIADO DIOCESANO DE ESPIRITUALIDAD
C/ Avellanas, 12 · Tel. 96 315 82 09 · 46003 Valencia

“LA OPCIÓN POR LOS POBRES EN LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA GAUDETE ET EXSULTATE”

Fernando Hueso Iranzo, OFM
Custodio Monasterio Santo Espiritu.
27/02/2019

1.- La llamada a la santidad en nuestros contextos

Como bien sabéis todos la exhortación comienza con una invitación intensa, fuerte y clara: Alegraos y regocijaos (Mt. 5,12). Quiere comenzar con una expresión de júbilo, de alegría, porque lo que va a proponer es el mejor mensaje que se pueda ofrecer: recordarnos que Dios nos llama, no a una existencia mediocre, aguada, licuada, sino a la santidad.

Pero el Papa nos recuerda que la santidad hay que encarnarla en la realidad del contexto actual. La santidad es la respuesta a la voluntad de Dios en nuestras propias realidades. Evidentemente esta nota de encarnación en la realidad creo que es fundamental para el tema que nos ocupa.

2.- La santidad inserta en el Pueblo

El Santo Padre destaca como la santidad es una opción de Dios por su pueblo. Con ello se introduce un elemento fundamental en la vivencia cristiana: no es un planteamiento de perfección personal y de salvación individual, es un planteamiento comunitario, donde los otros y la vida de los otros son mimbres para construir mi santidad. Más aún el Papa habla de que Dios nos salva teniendo en cuenta la compleja trama de las relaciones humanas, como pueblo. Llama la atención como los ejemplos que el Papa pone tienen que ver con la gente sencilla y en situaciones de vida cotidianas de gente normal. Incluso el lenguaje que utiliza el Papa es un medio para llegar a todos, pero especialmente a los sencillos. Creo que el Papa, con este tenor quiere dirigirse a todos desde abajo, desde la tierra que pisan las personas que viven cada día con sus realidades. No es un discurso altisonante ni un lenguaje “elevado” es el lenguaje de los sencillos, de los humildes de los pobres. Y por ello, después de la introducción, comenzará a hilvanar sus razonamientos utilizando la segunda persona del singular “tú”.

3.- La pasión de Cristo y la del cristiano: El Reino

La santidad siempre tiene como referencia a Cristo; se nos llama a “hacer puntillas” para intentar llegar a la altura de Cristo. Pero evidentemente no podemos entender a Cristo sin el reino que él vino a traer. Por ello nuestra propia misión está vinculada a la construcción de ese reino: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Nuestra identificación con Cristo y sus deseos, implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos. Y desde luego, si tiene que ser para todos, lo ha de ser preferentemente

para los últimos, sino no lo será para todos.

Como indica el Papa ese empeño por construir, con Cristo, el reino de Dios, nos lleva a la acción, sobre todo a la acción evangelizadora. El verdadero desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo, y esa identificación tiene como consecuencia una absoluta humanización. Ser santo no es ser una especie de extraterrestre que se “fuga del mundo”, no, es ser “plenamente terrestre” que se implica con el mundo para hacerlo cada vez más humano, más parecido al sueño del Padre, y para ello hay que “fugarse de lo mundano” pero del mundo no.

4.-Pensar y mirar a Dios desde la vida y el rostro de los hermanos

El Papa se planteará dentro de la vivencia de la fe la relación entre el pensamiento y la acción o bien entre la teoría y la práctica, señalando dos grandes peligros como son el gnosticismo y el pelagianismo. No voy a entrar en este tema, pero sí me parece importante algunas anotaciones que hace al hilo de estas cuestiones y creo que significan una importante aportación a la mirada de los últimos. Nos dice así:

“En realidad, la doctrina, o mejor, nuestra comprensión y expresión de ella, «no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos», y «las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico (interpretativo) que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan».

Por otro lado también afirma:

“En medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios”.

Recoge aquí el Papa, en estas dos consideraciones, un principio importante: el pensar la fe desde el pueblo, desde el sufrimiento del mismo. Me parece fundamental este matiz que quiere subrayar el Papa para destacar una teología que responda no a especulaciones desencarnadas sino a una teología que coloca el diálogo de Dios con el hombre de hoy. Más aún que ve a Dios en el rostro del hombre y mujer de hoy, especialmente en el sufriente. Al mismo tiempo este principio hermenéutico es consecuencia de una santidad vivida desde la realidad, desde el contexto vital como veíamos que abría el Papa la exhortación

5.- No sólo con los pobres sino como pobres.

Todo el capítulo tercero de la Exhortación y que titula “A la luz del Maestro”, es la praxis de la santidad, el camino para llegar a esa meta. Así lo expresa el Papa: “Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santo, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas.”

El Papa va desgranando las bienaventuranzas y de todas ellas va sacando las consecuencias para nuestra vida. en la que la opción por una vida sencilla. v

en ese sentido pobre se hacen evidentes.

-«Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»

La riqueza nos separa de Dios, nos alejan de él. Por ello, no cabe santidad si no va unida a una opción por una vida en pobreza, así expresa: “ Las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida. Nos invita pues a una vida austera y sencilla, que nos coloca como pobres.

-«Felices los mansos, porque heredarán la tierra»

La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra anawin para referirse a los pobres y a los mansos.

-«Felices los que lloran, porque ellos serán consolados»

La persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón. Así puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y deja de huir de las situaciones dolorosas. De ese modo encuentra que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás.

-«Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados»

Tal justicia empieza por hacerse realidad en la vida de cada uno siendo justo en las propias decisiones, y luego se expresa buscando la justicia para los pobres y débiles.

-«Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»

La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir a los otros, y también perdonar, comprender. Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente.

-«Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios»

Cuando el corazón ama a Dios y al prójimo (cf. Mt 22,36-40), cuando esa es su intención verdadera y no palabras vacías, entonces ese corazón es puro y puede ver a Dios.

-«Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios»

No es fácil construir esta paz evangélica que no excluye a nadie sino que integra también a los que son algo extraños, a las personas difíciles y complicadas, a los que reclaman atención, a los que son diferentes, a quienes están muy golpeados por la vida, a los que tienen otros intereses. Se trata de ser artesanos de la paz, porque construir la paz es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza.

-«Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»

Jesús mismo remarca que este camino va a contracorriente hasta el punto de convertirnos en seres que cuestionan a la sociedad con su vida, personas que molestan. Jesús recuerda cuánta gente es perseguida y ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia, por haber vivido sus

compromisos con Dios y con los demás.

La cruz, sobre todo los cansancios y los dolores que soportamos por vivir el mandamiento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y de santificación.

En definitiva, la vida marcada por las bienaventuranzas nos coloca no sólo con los pobres, sino como pobres. Nos invitan al despojo de los que todo lo reciben de Dios, nos invitan a vivir desde la sencillez, desde la justicia, desde la misericordia, desde el preocuparse de los demás. Nos hace servidores por ser seguidores; servidores de nuestros hermanos como seguidores que somos del Señor Jesús.

6.-El escándalo del Evangelio

El punto neurálgico en el que la exhortación toca más directamente la opción por los pobres es la segunda parte del capítulo tercero y que el Papa titula “El Gran Protocolo”.

Comienza el Papa recordando el capítulo 25 del evangelio de Mateo (vv. 31-46), donde Jesús vuelve a detenerse en una de estas bienaventuranzas, la que declara felices a los misericordiosos. En la misma hallamos precisamente una serie de actitudes de las que seremos juzgados: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (25,35-36). Son actitudes que Jesús nos pide como hechas a él, pero recibidas por aquellos que viven esas situaciones de deshumanización. Es la clave de toda moral, ética y compromiso cristiano, y es el criterio decisivo de la plenitud de nuestra vida como cristianos.

Debido a la importancia de estas opciones, el Papa Francisco va a realizar una encendida defensa de la centralidad de las mismas y (creo yo), consciente de las críticas que algunos sectores de la misma Iglesia le hacen, precisamente por este subrayado, comienza citando al admirado y poco sospechoso papa San Juan Pablo II. Éste decía así en la Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte: “si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse”. El rostro de los pobres, de los últimos, de los humillados, “no es una simple invitación a la caridad: es una página de Cristología, que ilumina el misterio de Cristo”. En ese reconocimiento de Cristo en los pobres y sufrientes se revela el corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, en las cuales todo cristiano debería configurarse.

No es un aditivo, no es un plus, no es una cuestión marginal o tangencial, ni siquiera una cuestión optativa, es el punto sobre el que pivota la verdadera vivencia cristiana. El test de la veracidad de una vida de seguimiento de Cristo. Sin esa presencia de los últimos, sin esa mirada a Cristo desde ellos, no nos equivoquemos, nos miramos a nosotros mismos, a nuestros intereses y conveniencias. La zarza ardiente de Moisés, o el viento suave de Elías, o el vellón de Gedeón es en nuestro momento histórico la presencia del pobre, por él nos habla Dios.

Por ello, el Papa afirma que: “Ante la contundencia de estos imperativos de Jesús es mi deber rogar a los cristianos que los acepten y reciban con sincera apertura, «sine glossa», es decir, sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza”. No hay santidad posible “al margen de estas exigencias tuyas, porque la misericordia es “el corazón palpitante del Evangelio”. Deberíamos preguntarnos cada uno de nosotros si también es lo que, a nosotros, nos hace palpar

7.- El dedo en la llaga.

Coloca el Papa a continuación una reflexión que debería estremecernos a cada uno de nosotros, con una escena cotidiana que se repite en miles de ciudades de nuestro mundo confortable y que se refiere a esas personas “descartadas” como dice el Papa, que a menudo hacemos invisibles en nuestro mundo:

“Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una criatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano? Esto implica para los cristianos una sana y permanente insatisfacción. Aunque aliviar a una sola persona ya justificaría todos nuestros esfuerzos, eso no nos basta”.

Es evidente que esta reflexión molesta, crea intranquilidad y desasosiego y por ello pasa el Papa a denunciar los mecanismos de defensa que tantas veces utilizamos, incluso inconscientemente, para asimilar estas situaciones desde la fe. Son en palabras del Papa “las ideologías que mutilan el corazón del Evangelio”

Por una parte, el de los cristianos que separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor. Así se convierte al cristianismo en una especie de ONG, separando la acción en pro de los últimos de la vida de oración que, por otro lado, tan intensamente unidas estuvieron en tantos grandes santos a los cuales ni la oración, ni el amor de Dios, ni la lectura del Evangelio les disminuyeron la pasión o la eficacia de su entrega al prójimo, sino todo lo contrario.

El otro peligro que presenta el Papa es el de “quienes viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista. O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes o como si solo interesara una determinada ética o una razón que ellos defienden”.

En definitiva son dos peligros que reflejan un mismo error de fondo: una dualidad entre fe y vida, entre las obras y la gracia. Unos poniendo el peso en un lado de la balanza contraponiéndolo al otro y otros poniendo el peso en el lado contrario. Son dos posturas erróneas, no hay fe sin obras de fe, y las obras sin una espiritualidad de fondo es simple acción que mira más al yo que al tú. En definitiva, es un dualismo sin sentido y, desde luego, carente de legitimidad en el pensamiento cristiano.

8.- Algunas concreciones lacerantes de nuestro mundo.

Pasa ahora el Papa a poner un ejemplo que, desde luego, no es un caso al azar sino un posicionamiento ideológico que el Papa quiere desenmascarar, y que personalmente me parece de una gran valentía, y, desde luego, de una gran actualidad, dice así: “La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo. Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, el abandono, la postergación, la trata de personas, la

eutanasia encubierta en los enfermos y ancianos privados de atención, las nuevas formas de esclavitud, y en toda forma de descarte. No podemos plantearnos un ideal de santidad que ignore la injusticia de este mundo".

La defensa de los últimos, desde la perspectiva cristiana, no puede tener fisuras o clasificaciones: estos sí-estos no. Y lo que es peor, no puede ser un tema político: derechas-izquierdas, en lo que en tantas veces se convierte. El Papa defiende la defensa de todos: de los no nacidos, y también de toda esa muchedumbre de des-humanizados, de descartados (tema siempre traído por él).

Mención especial merecen para él el sangrante tema de la emigración, tan presente en el debate social de la Europa de los últimos años, y del que la Iglesia debe tener una palabra qué decir a los demás, pero especialmente a los propios cristianos: "Suele escucharse que, frente al relativismo y a los límites del mundo actual, sería un asunto menor la situación de los migrantes, por ejemplo. Algunos católicos afirman que es un tema secundario al lado de los temas «serios» de la bioética. Que diga algo así un político preocupado por sus éxitos se puede comprender; pero no un cristiano, a quien solo le cabe la actitud de ponerse en los zapatos de ese hermano que arriesga su vida para dar un futuro a sus hijos. ¿Podemos reconocer que es precisamente eso lo que nos reclama Jesucristo cuando nos dice que a él mismo lo recibimos en cada forastero (cf. Mt 25,35)?

Esta idea fuerza y que, por desgracia, tantos contrarios tiene entre los mismos cristianos, está totalmente arraigada en la Palabra de Dios, y así nos recuerda aquellos textos del Antiguo Testamento cuando dice: «No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto» (Ex 22,20). «Si un emigrante reside con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis. El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto» (Lv 19,33-34).

No es pues una ocurrencia del Papa, sino una exigencia de fe por ello acaba este punto afirmando: "Nosotros también, en el contexto actual, estamos llamados a vivir el camino de iluminación espiritual que nos presentaba el profeta Isaías cuando se preguntaba qué es lo que agrada a Dios: «Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora» (58,7-8).

9.-La plenitud del culto a Dios

Continúa el Papa ahondando en esa idea que, por boca de Isaías, planteaba en el punto anterior: el culto que le agrada a Dios. Nos volvemos a encontrar con el peligro del dualismo: separar la oración de la acción. Por ello, insiste el Papa: "Podríamos pensar que damos gloria a Dios solo con el culto y la oración, o únicamente cumpliendo algunas normas éticas —es verdad que el primado es la relación con Dios—, y olvidamos que el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

Por la misma razón, el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia. Porque «la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos». Ella «es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia». Quiero remarcar una vez más que, si bien la misericordia no excluye la justicia y la verdad, «ante todo tenemos que decir que la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios». Ella es la llave

justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios». Ella «es la llave del cielo».

10.-En conclusión

Es el mismo Papa quien concluye este apartado central de la Exhortación Apostólica con una afirmación que pienso, da la clave de toda vida cristiana y de todo deseo de responder a la invitación a la santidad que Dios nos ofrece, y que en definitiva, no nos olvidemos, no es cualquier cosa, es la salvación, y dice así: “Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia. Es lo que había comprendido muy bien santa Teresa de Calcuta: «Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás».